



EL ARCO DE CAPARRA.

Caminando á Castilla desde Plasencia, al acabar de subir el Puerto, que se halla á media legua de la ciudad, se presenta un inmenso panorama á la vista del viajero. A su derecha las eternamente nevadas sierras de Bejar; allá, en los últimos términos del horizonte, en forma de semicírculo, la azulada cordillera de montañas conocida con los nombres de *Sierra de Gata*, rival de Andalucía por sus olivares, la *Sierra de Francia* en cuya cima habia un Santuario con la advocación de Nuestra Señora de la Peña de Francia, y del cual no queda mas que las paredes, y las Batuecas, de cuyo sitio tienen noticia los lectores del Semanario; en el fondo de este grandioso Anfiteatro, á manera de alfombra de verde oscuro, interminables encinares salpicados acá y acullá por pueblecitos, entre los cuales, en primer término se vé la Oliva (*Cosera-briga*) patria de nuestro famoso Juvenco y mas recientemente título del célebre, quanto infortunado D. Rodrigo Calderon, y una legua mas al Norte de este pueblo y tres de Plasencia, en una llanura bañada por el rio Ambroz, las ventas de Caparra en el sitio que antiguamente ocupó la ciudad del mismo nombre.

Son tan escasas las noticias que de ella nos han dejado los autores, que á escepcion de Plinio, que nos la cuenta entre los pueblos stipendiarios de la Lusita-

nia, Tolomeo que la pone en sus tablas y el Emperador Antonino en su itinerario de Mérida por Salamanca á Zaragoza, pocos y muy de paso se han ocupado de ella y solamente nos la hacen notar por su situacion en el camino llamado comunmente de la *Flota*.

Aquí no se encuentran las soberbias ruinas, que admiramos en Mérida, Tarragona, Murviedro, y otros puntos de nuestra Península; verdad es, que han sido estraidas no pocas preciosidades, de suerte que raro es entre los pueblos comarcas el que no tiene algun despojo de esta antigua poblacion. En Plasencia existen en diferentes sitios empotradas en la pared lápidas y pedazos de mármol, y de esta materia son las cabezas de varios Emperadores, fragmentos de estatuas, oras é inscripciones, que procedentes de Caparra tiene el Sr. Marqués de Mirabel en el pensil de su palacio en esta ciudad. Tambien fueron llevadas de Caparra algunas antigüedades, para adornar los famosos jardines del palacio de la Abadía, propiedad de los Duques de Alva, pero creemos, que ya han desaparecido. Ambrosio de Morales en sus antigüedades de España trae gran copia de inscripciones que dice se hallaban en este punto ó habian sido llevadas de él á otros. Maren el día á la vista del viajero, que ansio-

so de admirar los restos de las artes Romanas, se interna en estas soledades, no se ofrece otra cosa, que una mala venta, cercas cuyas paredes están formadas de viejos materiales, y en cuyo suelo se encuentran muchos residuos de población, como son trozos de ladrillo, de cascote y de vasijas de barro; un puente Romano sobre el Ambroz, algunos paredones, restos de muros, hácia la parte del río y un arco, que llaman de triunfo, único que á despecho del tiempo y de los hombres se alza orgullosa en medio de tanta desolación.

Aunque desemejante este monumento á los que del pueblo Rey se encuentran en otros puntos y mas aun á los que ostenta orgullosa la ciudad de los Césares, por no arriesgar opiniones nuevas, tenemos que dejarnos llevar de la bien ó mal fundada tradición, que lo designa con el nombre arriba dicho y se adelanta á atribuirsele á uno de los Emperadores Trajano ó Adriano. Su forma es un templete cuadrado formado por cuatro iguales arcos cerrados con una bóveda y situados sobre la via Romana. A los lados de los arcos del camino se ven restos de pilastras así como dos pedestales sobre los que sin duda hubo estatuas y en uno de los cuales se distinguen rastros de inscripción. La altura del arco será precisamente de treinta pies hasta la clave y doce su anchura. La materia son magníficos sillares de cantería y donde estos faltan argamasa petrificada por la acción del tiempo.

Sin embargo pues del notable deterioro en que se encuentra este monumento, profundas sensaciones escita en el alma del hombre pensador, que retroce-

diendo con la mente diez y siete siglos, cree oír el confuso murmullo de las legiones, que acaban de marchar sobre la misma arena que pisa; mas ¡ah! que al volver de su letargo no puede menos de recordar los primeros versos de la bellísima y sentimental oda de Rioja.

Estos Fabio ¡ay dolor! que vés ahora
Campos de soledad, mustio collado..

Concluirémos este artículo con una observación. Sabemos y es un hecho indudable que los romanos acostumbraban erijir sus sepulcros en las vias públicas, y de estos son muchos los que nos quedan. En Vienne (Francia) existe uno á quien el vulgo llama de Pilatos y que sin embargo se cree levantado en honor de algun famoso ó opulento hijo de aquella ciudad; es de la misma forma y un poco mas pequeño que este nuestro, siendo de notar que aquel tiene una pirámide encima de la bóveda que lo cubre. ¿Podríamos mirar á este de Caparra construido con igual fin?

Nuestro Ponz trae la siguiente inscripción cuyos caracteres se leían en uno de los pedestales de que arriba hemos hablado y copio cuando le visito.

BOLSEA... FID...

PELL... F... MA...

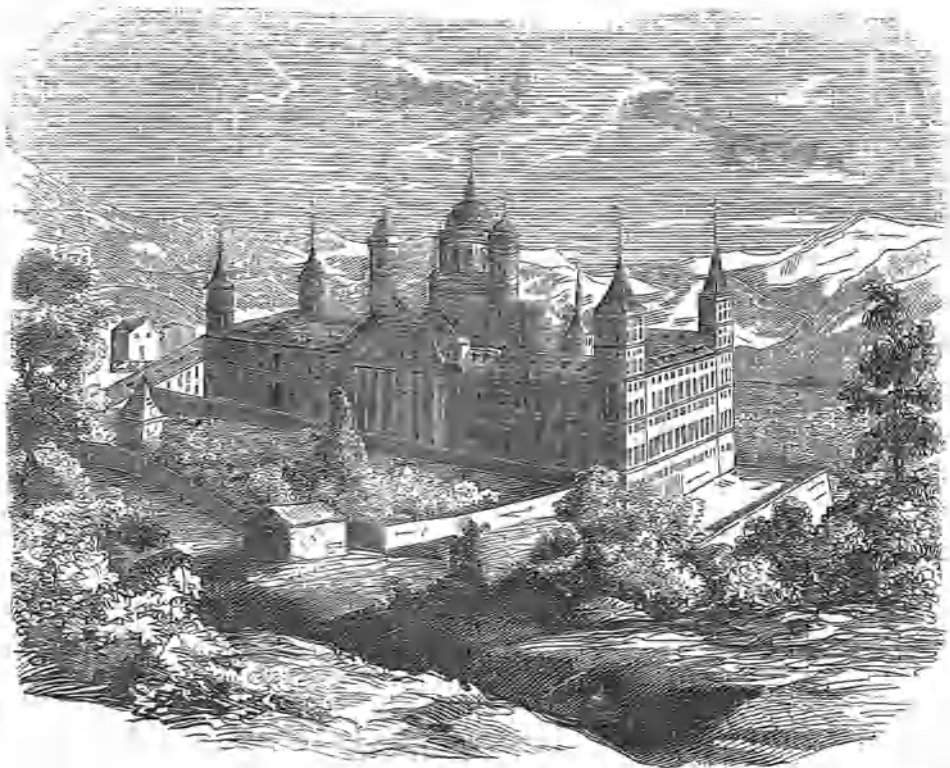
M. FIDIUS... MACE...

TESTAMENTO. F.

La cual pueden examinar los versados en el estudio de las antigüedades por si arroja alguna luz acerca del origen y objeto de este monumento.

El dibujo que acompaña este artículo es copia exacta de una vista que ha tomado y pintado un distinguido artista.

FRANCISCO W. PLAZA.



LA RESPUESTA.

Amor cordones así al que moría
Dante.

—Perez, dentro de una hora vendreis por mi respuesta.

El fiel servidor se inclina; pero al retirarse dirige

una mirada dolerosa hácia Isabel, mirada que revela un pensamiento de horror.

No lo reparó ella: rompió con impaciencia el nudo de seda que cerraba la carta que acababa de recibir; y recorre con ardientes y ávidos ojos las palabras de amor trazadas en ella. Su corazón late fuertemente; su fisonomía pálida descubre su emoción; pe-

ro la sonrisa de un deleite celeste contrae sus labios! Sabe que es amada!... amada, la reina delicata y tierna que vive sujeta á un tirano! amada, la fresca y pura flor llena de hermosura, entregada á un viejo caduco y licencioso! amada por el dulce objeto de sus ensueños mientras vivia bajo el cielo de la Francia, por aquel á quien su misma madre le habia mandado amar; amada por aquel cuyo retrato de esmalte guardado de pedreria conservó ella cuidadosamente en

su seno; amada por don Carlos que fué su prometido y que estaba destinado á ser su esposo! Formulado este último pensamiento, una lágrima abrasadora alteró la expresion de felicidad que se habia pintado un momento en sus bellas facciones. Representase á su imaginacion el rostro sombrío de Felipe II: ya no es Isabel aquella jóven princesa de Valois que atargaba las mas dulces ilusiones, las mas risueñas esperanzas! es ahora la reina de España, prisionera en el mona-



Felipe II.

cal palacio del Escorial!... pobre Isabel!... En aquellos momentos en que puede evadir la escrupulosa vigilancia de Felipe II se retira á una humilde celda destinada á sus oraciones: el hermoso cielo de mediodia que atraviesan brillantes nubes argentadas y purpúreas refleja sus transparentes matices en aquellas sencillas vidrieras sujetas con varillos de plata: la hermosa reina prefiere á su trono la modesta silla de terciopelo negro claveteada de oro en que suele sentarse, y desde la cual registra con sus miradas todo el campo, donde acaba de pasar don Carlos montado en su soberbio caballo árabe.—Qué hermosa se muestra así, despojada de sus atavíos de reina, y cifiendo su gracioso cuerpo, un vestido blanco que oculta castamente sus formas recogiendo en angulosos pliegues á su planta. Aun se parece á la tierna doncella de Valois que bajo el clima de su país natal se recreaba con sus fascinadores ensueños de amor! Apoya lánguidamente un codo sobre la mesa donde suele escribir, aspira el aroma de las flores que Perez acaba de presentarle, flores que don Carlos ha cortado con su propia mano para la amada de su corazón, y entre las cuales ocultó la carta que acaba de abrir, y en cuyas tiernas expresiones fija ahora sus ojos ligeramente arrasados de lágrimas. Sus ilusiones la hacen olvidar lo presente: aun le queda alguna esperanza de recobrar su perdida felicidad, y su ardiente imagina-

cion la embriaga con los halagos de un amor imposible y criminal: recuerda aquellos días en que su madre Catalina de Médicis la condujo á las fronteras de la Francia. Entonces era dichosa, y se dejaba mecer su alma por la dulce indolencia que inspira una calma nunca interrumpida: entonces pasaban sus días en dulces juegos con su hermana Margarita, cuya vida participará de todas las agitaciones y contratiempos de la intriga, pero transcurrirá sin honda pena y tormento, sin pasión profunda y destructora.

Hablaban juntas de su prometido don Carlos; después ponía ella sus puros labios en el retrato de esmalte que llevaba colgado á su pecho.... Pero un día aquel retrato le fué arrebatado por su madre: el mismo día en que don Carlos debia presentarse á sus miradas en la tienda real erigida para recibirlas, Isabel olvidó la pérdida del medallón; nada le importaba la imagen si pronto iba á verse dueña del original: su querido don Carlos iba á pertenecerle.... Pero, oh sorpresa! al poner la planta en el umbral del régio pabellon no fué don Carlos, no fué el jóven y gentil príncipe el que se presentó á ella: quien se adelantó á recibirla fué un viejo de aspecto severo, revestido de un traje sombrío, de semblante pálido y arrugado: y aquel viejo fué el que recibió su tierna y sonrosada mano llena de vida, en la suya pudosa y helada.— Isabel dió un paso atrás como sorprendida, y sin atre-

versa á desplegar sus lábios dirigió una mirada á su madre como preguntando aquel extraño cambio.—Sois reina de España, le respondió Catalina con su sonrisa italiana: mejor es que infanta! Y unió violentamente la mano de su hija á la mano del conde rey; puso en el régio tálamo de Felipe II, aun vivo con la muerte de dos reinos, á la prometida de don Carlos, la princesa querida del primogénito de Felipe.

Huyéronse los dos jóvenes largo tiempo, sumergidos en una desesperación reconcentrada y taciturna. Por mucho tiempo procuró don Carlos evitar el encuentro de Isabel; pero la fatalidad había unido sus destinos: una sola mirada que ambos se trocaron, semejante al beso de Francesca de Rimini y de Paolo, les reveló todo el poder incontrastable de su pasión.—Volvieron entonces á la vida, á una vida de enajenamiento y de delirio que reclamaba imperiosamente un instante de felicidad que calmase su embriaguez en el helado seno de la tumba!

Aquella sola mirada les bastó para comunicarse todo el veneno de su suerte. Carlos comprendió por ella que Isabel le pertenecía, y que su rennon no podía menos de verificarse, ó en la tierra ó en el sepulcro. Nada les importa ni el cadalso que podrá erigir Felipe, ni el veneno que en las sombras del secreto depositará en su copa el irritado y celoso monarca.

Encarga el príncipe á su fiel criado Perez, su confidente y amigo, que entregue una carta á Isabel: esta carta solo se reduce á una palabra: *Huyamos!* Isabel le contesta en estos términos:

«Si, huyamos; huyamos á pesar de la afrenta que recaerá sobre mi cabeza; huyamos á pesar de la terrible sentencia que ven mis ojos por todas partes escrita en caracteres de fuego: corramos á ocultarnos en los desiertos de ese nuevo mundo descubierto por Colon. El cielo nos había unido:—tal vez el cielo nos perdone, y si nos maldice ¡ay! si la mano del Omnipotente nos deliene en nuestra huida, si descarga furiosa sobre nosotros y nos hunde en el infierno... al menos no nos veremos precisados á estar divididos en la tierra; estaremos reunidos como Francesca y Paolo!—Huyamos!»

Tiende la noche su oscuro manto; vuelve Perez por la respuesta: recíbelala, ocúltala en su jubon, y sale de palacio por un corredor secreto. Isabel, asomada á su ventana le sigue con la vista; su sangre arde en sus venas, y se precipita á su cabeza tificando de grana sus mejillas, y haciendo latir sus sienes con un movimiento febril. Una hora falta; una hora todavía!... y después la felicidad, ó la muerte!

Oye de repente un grito de agonía: vé brillar en la oscuridad multitud de teas encendidas; divisa á Perez bañado en su sangre y rodeado de varios hombres armados. Entre estos vé á Felipe II, cuya inmóvil figura se destacaba sobre el fondo sombrío de la atmósfera. El rey estaba leyendo una carta... la respuesta de Isabel al príncipe don Carlos!

Aquella misma noche se presentaron los grandes de España vestidos de luto en el palacio de Felipe á dar el pésame á su rey por la repentina muerte de su primogénito.

El ataúd de don Carlos estaba depositado en una de las bóvedas.

La primera caja mortuoria que entró en el régio panteón despues de aquella, tenia en la tapa de terciopelo negro, bordada con oro, esta inscripcion.

Isabel de Francia, reina de España.



UN AMOR DE ESTUOIANTE.

(Continúa.)

IV.

Una mañana que solo en mi reducido estudio, estaba á la vez lititando y echando cálculos para ver de salir de mi apurada situación, vi entrar por mis puertas á un anciano bastante fresco, el cual sin decir palabra se lanzó á mi cuello, apretando de tal modo, que si prolonga un minuto su abrazo, me asfixia sin necesidad de carbon.

—¿Qué! ¿no me conoces? ¿No recuerdas á tu tío Paco?

—Y aun cuando sea V. mi tío Paco, es esta una razon para que pretenda ahorcarme? repliqué amostazado.

—Pero hombre, ya veo que no caes en mí. ¿Qué, te has olvidado del tío que tenias en las Indias?

—En las Indias, ¿eh? ¿Había tenido V. en aquel pais frecuente comunicacion con los estranguladores? Pues ya veo que V. perfecciona el procedimiento, porque no hace uso de cordeles....

—¿Qué hablas de cordeles ni de estranguladores? Pues por cierto que recibes bien á un pariente que viene decidido á partir contigo y tu familia el fruto de tantos años de destierro y privaciones....

Al oír estas últimas palabras se disipó como la ligera niebla al puro rayo del sol mi anterior incomodidad, y exclamé con no sé qué apóstol evangelista ó lo que ustedes quieran.

Benedictus qui venit in nomine domini.

Y abriendo los brazos me arrojé al cuello de mi bondadoso tío, el cual apreciando la intensidad de mi cariño por la fuerza del abrazo, tartamudeaba medio sofocado:

—Aprieta cuerpo de tal! Eso se llama obrar como se debe!—Lo que si quiero desde ahora advertirte es que yo no entiendo el francés sino á duras penas: con que háblame en español—ni una palabra he entendido de las que acabas de decir.

No pude menos que sobreirme al oír aquel enorme error lingüístico del buen indiano; pero disimulé lo mejor que pude y le contesté que no usaría en nuestras conversaciones sino de la lengua de Cervantes.

—Ahora bien, puesto que estamos de acuerdo, vamos á lo mas urgente. Yo llegué ayer á esta Babilonia y por consiguiente no conozco ni siquiera una calle, quiero visitar todas las curiosidades en poco tiempo y para esto necesito de un guía como tú, esperto y complaciente.

—Supongo que habrá almorzado V.

—Si, hombre, á las siete.

—Pues entonces voy á buscar un coche, y emprendemos en seguida nuestras correrias.

—Tengo uno abajo: con que ponte la levita y vamos.

Dime la mayor prisa posible para seguir al tío, esperanzado en que Rosa no podía volver hasta dentro de media hora de la calle, y decidido á ocultar á mi pariente aquel trato hasta sondearlo y ver qué ideas tenía acerca de aquella costumbre escolar, pues tenía perder su buena gracia; mas no había tenido yo en cuenta mi mala estrella.

El diablo que todo lo añasca hizo que en el momento de subir al coche y ya con el pié en el estribo, apareciera mi señora, la cual agarrándome sin ceremonias por un brazo me dijo en alta voz:

—¿A dónde vas?

—Voy á acompañar á este señor que es mi tío á ver la curiosidades de Paris.

—¿Y en coche, y sin contar conmigo? En que concepto me tiene V.? gritó chispeándole de cólera los ojos.

—Muger, no seas tonta. ¿Cómo quieres que sin preparar antes al tío le hablara de tí?

—Sí; pero entretanto V. vá en coche como un de-

que, y yo leudré que pasar el día sola. Así son los hombres: tiranos, déspotas, caribes...

—No seas imprudente. Súnete pronto á casa, que yo vendré á comer.

Y me entré en el coche, con la esperanza de que mi tío que tomaba el latín por francés no habria entendido una palabra de cuanto habia pasado; pero me olvidaba de que hay un lenguaje que entienden todos los hombres: la expresion del rostro y el ademán. No bien me senté al lado del buen anciano cuando me empezó á hacer tantas y tales preguntas, que tuve por buen acuerdo confesárselo todo. Oyóme con mucha atención, y cuando hubo acabado me dijo:

—Si estás seguro de que el hijo que esperas es tuyo, no debes abandonar á esa muger; pero es necesario que veas como lo arreglas, pues tu padre no te ha mandado á Paris para que te enlaces con una griseta, sino para hacerte un hombre de provecho. En cuanto á tus deudas, yo las pagaré, y como no tengo mas herederos que ustedes, te asignaré otros 250 francos, con lo cual parece que podrás vivir decentemente y sin necesidad de recurrir á nadie.

—Tanta generosidad,...

—No hablemos mas de esto por ahora. ¿Por dónde empezamos nuestras escorstones?

—Por la catedral de Nuestra Señora.

—Qué me placé. He leído con sumo gusto la novela que con este título escribió el famoso Victor Hugo...

No es mi ánimo hacer visitar á ustedes los monumentos de Paris, ni menos el referir menudamente las conversaciones que tuve con mi tío acerca de mi situación durante su corta permanencia en aquella capital. Bastará que diga solamente que al partir me dejó unos cuantos miles de francos ademas de la asignacion mensual que me habia señalado desde su llegada.

Volvamos á mi Rosa. Háblala mi tío acabado de echar á perder con su generosidad y la bondad de su corazón. Ella que cuando queria era una de las criaturas mas amables y seductoras que he conocido, habia embaucado al buen anciano de tal modo, que no solo dejó de desaprobar el estado en que yo vivia, sino que al partir me recomendó mucho que no abandonara aquella pobre chica, y me prometió encargarse de todos los gastos que nos ocasionara el pequeño extranjero que esperábamos desde su salida ó su entrada, si ustedes lo prefieren, en el mundo. Pero el escelente anciano habia empeorado sin saberlo mi situación: habituada la niña con sus larguezas á mayores gastos que los que podia soportar la doble asignacion de que entonces gozábamos habia dado rienda á sus tendencias de gran señora y apenas á fuerza de costosos sacrificios satisfacía el inisero amante alguna de sus extravagantes exigencias cuando ya habia en la palestra otra ú otras aun mas difíciles de satisfacer.

—¿Y por qué no la plantabas de patitas en la calle? gritó enfadado el polaco.

—¿Podia acaso hacerlo en el estado en que se hallaba?

—Es verdrad—me habia olvidado.

—Pero ya es tiempo de que entre á figurar en esta lamentable historia el traidor amigo, que como otro Judas, y con mas felonía si cabe vendió villanamente á su mejor amigo, á su bienhechor. Vivía...

Echamos un trago antes, mi querido orangutan.

—Sí! sí! un trago á la muerte de ese Judas! gritaron todos.

Y.

—Como iba diciendo, vivia en el cuarto contiguo al que habitábamos un estudiante portugués, el cual era conocido con el nombre de Da Silva, aunque segun la rancia costumbre de los fuchados fidalgos de su patria firmaba diez y seis ó veinte dictados, entre nombres y apellidos. Este tal cursaba medicina, y estaba ya muy adelantado en la carrera; por lo cual me habia asistido en una leve enfermedad que tuve empezando de este modo nuestra amistad que andando el tiempo llegó á ser muy estrecha. Vivía este estudiante, lo mismo que yo, es decir, en un estado

semi-matrimonial con otra griseta; si bien con la diferencia de que aquella era verdadera, y por consiguiente tenia las prendas que dije antes pertenecían como patrimonio á aquella raza de chicas encantadoras—pero vamos á mi cuento. Da Silva que al principio se habia mostrado modesto, lleno de pudor y hasta generoso en demasia, comenzó luego á explotar la mina de mi amistad ni mas ni menos que lo hacen los ingleses con Portugal, su mas antiguo y fiel aliado. Se venia solo ó con su muger á almorzar y á comer casi todos los días; me fumaba mi tabaco, y en su franqueza llegó no solo á ponerse mis levitas y fracs, sino que una vez llevó no poca ropa mia á una casa



Da Silva.

de empeños para salir de un apuro en que se veía.

Ya pueden ustedes suponer, puesto que conocen mi carácter y temple, que solo sufría estas cosas al portugués porque le creía mi verdadero amigo; pero pronto hube de desengañarme, y de tan ruda manera, que me quedará el recuerdo indeleble para toda la vida; mas no adelantemos los sucesos. Aborcábase entretanto el momento para mí suspirado, de ver un renuevo mia, cuya sensacion no es fácil que la comprenda sino el que haya pasado por ello. Cada día estaba mas impertinente y mas antojadiza mi Rosa, y yo mas enamorado y complaciente; con lo cual iban tambien rápidamente empeorando mis circunstancias, y cerrándoseme todos los caminos para mi remedio; pero yo, cada vez mas desatentado, aunque conocia que aquella conducta me iba acercando á un precipicio, retardaba el tomar un partido que todo lo salvase, diciéndome entre mi mismo que siempre estaria á tiempo.

Llegó en esto el suspirado día, y tuve por fin el indecible placer de ser padre.

—Qué padre! buena escuela darías á tu hijo con la cabeza que tienes! dijo el polaco.

—Eso te importaba á tí bien poco, mi querido oso del norte; pero prosigamos la historia.

Aquel placer debia ser tan efímero como ruinoso para mí. Los primeros gastos del recién nacido, incluso los del bautismo me pusieron en el mayor apuro en que hasta entonces me habia visto. Tuve que empeñar en la rotunda del Temple hasta mi última alhajueta, bien que el interés que exigian sobre el dinero prestado, no era muy excesivo—un cinco por ciento mensual.

—Qué barbaridad!

—No tienes porque asombrarte, mi querido sármat; aquí en Madrid es moneda corriente entre pres-

tanistas. Es un robo ciertamente; pero así así y todo, no deja de ser un recurso en ciertos extremos. Pasó mi Rosa los primeros días de sobrepardo con más anteojos y melindres que una duquesa; pero cuando la vi ya repuesta del todo, la llamé á capitulo una mañana y le participé que aquellos desórdenes en casa no podían seguir por mas tiempo, y que esperaba que no daría lugar con su conducta á nueva advertencia.

Oyóme serio y cabizloja y no me contestó ni una sola palabra. No dejó de causarme cierta extrañeza tan inusitada moderación; pero lo atribuí á reflexiones hechas durante su convalecencia, ó bien á un cambio natural producido por la mudanza que se había efectuado en su vida. Llévate aquella tarde billetes para el teatro *des Varietés*, por el cual tenía gran preferencia; pero se negó á ir protestando que era necesario empezar á acostumbrarse á la economía. Lo dije con cierto resaca; pero acostumbrado yo á sus impertinencias no paré la atención en ello.

Por aquel entonces se había hecho Da Silva tan de casa que casi no salía de mi cuarto ni de día ni de noche; y como era médico, me había sido de no poca ayuda y consuelo en el trance de Rosa y en los achaques de madre á hijo en los días subsiguientes. Su asidua asistencia en casa me era tanto menos extraña, cuanto que el portugués había reñido con no sé que pretesto con su muger, que de paso sea dicho, era la flor y nata de las grisetas del *Barrio Latino*. El estudiante tenía por junto 60 francos mensuales de alimentos; y con aquella cortísima suma comían y bebían y pagaban la casa; que el lavado y planchado lo hacía ella, además de la cocina y casi todo lo que había que coser....

—Ann así, parece imposible que con doce napoleones vivan un mes dos personas, y paguen además la casa en una población como Paris.

—Aquella capital, querido decano, como casi todas las grandes ciudades, ofrece los medios de vivir con la mayor espléndidez lo mismo que con la mayor economía, según los recursos ó los gustos de cada cual. El hecho es que Da Silva no solo vivía con aquella mezquina mensualidad, sino que siempre iba muy aseado: verdad es, que como creo haberlo dicho antes, no era el fidalgo nada *preocupado*, y solía usar con singular franqueza los fracs, levitas, sombreros, y hasta las botas de sus camaradas; pero otros muchos camaradas míos que no tenían mas que él, vivían tolerablemente sin profesar aquellas doctrinas santimonianas.

VI.

Tendría mi chico como unos dos meses, y se iba criando sobrenaturalmente robusto, cuando se le presentó una erupción cutánea muy abundante. Da Silva recetó no sé que untura; pero yo no quise que se emplease hasta oír el dictamen de un antiguo médico de mucha reputación con el cual tenía estrechas relaciones de amistad. Vino este y prohibiendo toda especie de tratamiento exterior, recetó algunos refrescantes diciendo que la erupción era sanguínea y que con solo esto iría cediendo y desaparecería muy luego. Empezamos á seguir aquel método y aunque lentamente iba cediendo la erupción del niño, el cual iba poniéndose cada día mas hermoso....

Los que no han tenido hijos no pueden formarse una idea de las sensaciones que experimenta un padre con las primeras sonrisas de su primogénito, y lo melodioso que es á su oído el blando ceseo y las primeras sílabas que acierta á pronunciar.

—Esa es una reminiscencia de Byron, dijo el polaco.

—Sí: Byron ha hablado de lo dulce que era *The lisp of childhood, and their earliest words* (1); pero esto no le ocurrió como poeta, sino como padre y padre desgraciado; pero prosigamos.

Pasaba yo noches enteras, inclinado sobre la cuna de mi hijo, velando sobre su sueño, espionando su naci-

te sonrisa, atreviéndome apenas á posar mis lábicos sobre su frente infantil por no turbar su reposo.... Por aquel tiempo recibí una carta de un americano condiscípulo mío y mi mejor amigo, el cual se hallaba hacía algun tiempo en el *Havre*, á donde había ido á convalecer de una grave enfermedad que había sufrido en Paris. Decíame que si quería darle un apretón de mano antes de que dejara para siempre la Francia, que me pusiera en camino en cuanto llegase á mis manos su carta.... Yo que le tenía por el mejor de mis amigos, dispuse al momento mi partida, esperando estar de vuelta al día siguiente en la tarde ó á mas tardar dentro de dos ó tres días; pero Dios había dispuesto otra cosa.

Cuando llegué al *Havre*, me quedé asombrado cuando me dijo el corresponsal de los padres de mi amigo á cuya casa fui á tomar informes, que el jóven estaba en peligro inminente de muerte. Había tenido en un bote ciertas palabras con un oficial de marina, de cuyas resultas se habían baido al día siguiente. El oficial había sacado dos estocadas en el pecho que se creían mortales, y mi amigo una sola, pero en el costado y de mucha gravedad. Apresuréme á llegar á la posada en donde vivía; pero no me fué posible verlo, pues el médico que le asistía había prohibido que entrasen á su cuarto otras personas á escepcion de sus practicantes. Consoléronme empero las esperanzas que me dió aquel sabio profesor, el cual me aseguró que si amanecía el día siguiente sin haber entrado el delirio que temía, dentro de cuarenta y ocho horas no solo podria vivir, sino que ya estaria fuera de peligro. La calentura no se presentó y el médico fiel á su palabra, me llevó dos días después al cuarto de mi amigo, declarado ya en convalecencia. Ocho días estuve con él, y como ya se levantaba, resolví marchar á Paris, pues el pensamiento de mi chiquillo no me dejaba gustar ni un solo instante de sosiego. Durante mi viaje, agitéronse los mas negros presentimientos, esforzábame en desecharlos tratándome yo mismo de visionario; pero ¡ay de mí! pronto iba á verlos confirmados.

Al llegar á mi casa, tropecé con la portera, honrada normanda que siempre me había sido muy adicta, y á la cual habia yo recompensado con largueza sus pequeños servicios en mas de una ocasion.

—¡Ah! señor, me dijo, apenas me vió, aun llegáis á tiempo.

—Cómo, le pregunté, pues qué hay?

—El niño está muy malo....

No oí mas. Subí las escaleras saltando de cuatro en cuatro escalones y no paré hasta la cuna de mi hijo. Estaba agonizando—Ni el mas mínimo vestigio quedaba de la erupción; pero arrojaba sangre por boca y narices; y hasta por los ojos y los oídos—Por un movimiento instintivo é inexplicable, me precipité hácia la sola mesa que en el cuarto habia, y en un botecito blanco de porcelana ví los restos de una untura—No dije ni siquiera una palabra; pero en mi corazón juré tomar de aquello una espantosa venganza.

Hice llamar á aquel médico de que ya os he hablado, el cual no llegó hasta la noche—El niño habia muerto.... Sin hablar palabra presenté á mi sabio amigo la untura, el cual despues de examinarla por largo rato, me dijo con tono grave:

—Si quiere V. perseguir judicialmente al que ha recetado esta untura, cuente V. conmigo. Es una untura de caballo.... un verdadero asesinato.

—Prefiero vengarme por mi mano, le contesté.

—Vea V. lo que hace, y en cualquiera ocasion cuente V. conmigo. Y alargándome la mano, salió sin pronunciar ni una palabra mas.

—¿Y qué hiciste? preguntó el Polaco.

—Voy á acabar—Al día siguiente al volver del cementerio adonde habia ido á acompañar los restos de mi amado niño, me encontré la casa abandonada. Habían forzado el cajon de mi escritorio y llevádose hasta mi último franco. Llamé en el cuarto del portugués y como no me respondiesen, bajé á la portera, y allí supe que hacia tres días que se habia mudado, sin decir su nuevo domicilio. Tuve valor para callarme y

(1) El ceseo de los niños y sus mas tempranas voces. Don Juan, canto primero.

esperar. Pasó mucho tiempo sin que pudiera conseguir ninguna noticia de ninguno de los dos seres á quienes habia jurado un repór implacable. Concluí mis estudios y regresé á mi país, llevando en mi corazón aquel deseo ardiente de venganza cuyo fuego consumía mi vida....

—Voy viendo interrumpió el polaco que acabarás como Dido.

.....*Moriemur inultas!*

Sed moriamur, ait, Sic, sic jubat, ira sub umbras.

—No. La suerte me deparaba una completa venganza. En 1843 volví á París de paso para Suiza. Una noche que á ruego de algunos compañeros, fui á uno de los bailes de *Mabille*, distinguí entre las griseías una que me pareció la que por tanto tiempo habia buscado. Acerquéme y la llamé por su nombre, teniendo la dicha de que no me reconociera. Mi barba crecida y los años que habian pasado me habian desfigurado completamente. Ya sabéis lo fácil que es una de aquellas conquistas—A los pocos minutos, salimos del brazo, siguiéndome ella sin ninguna sospecha hasta lo mas retirado de la alameda que conduce al arco de la Estrella. Convencido de que estábamos perfectamente solos, saqué un puñal que desde la época de su desaparición llevaba siempre conmigo, y aunque al ver relucir el arma quiso gritar, la contuvo el temor de la muerte y mas que todo el espanto, que le causó el oír mi nombre. Preguntéla si sabia en donde estaba el traidor amigo; pero aquel infame la habia abandonado pocos meses despues de su reunión robándola á su vez. Tenia por consiguiente que empezar mi desagravio por la parte mas repugnante: era muger y no me resolví á matarla; pero quise imponerle un castigo tal vez mayor privándola de su hermosura. Rasguéle en cruz la cara de arriba abajo con mi puñal, y arrojándola mi bolsillo, regresé apresuradamente á mi posada. Al dia siguiente salí para Ginebra y despues de un viaje corto por Suiza, quise visitar la Savoya y salí para *Aix-les-Bains*. En aquella ciudad, punto de reunion de muchos extranjeros en la estacion de las aguas, háy una especie de Casino, conocido con el nombre de *Cercle*, en donde se reúnen los hañistas para pasar las veladas bailando ó jugando segun las inclinaciones de cada cual. Juzgad

de mi contento al descubrir la primera noche entre los jugadores al Doctor Da Silva! que así oí que le llamaban sus contrincantes. Ya os he dicho que era muy linchado y allanero aquel bribon, así que, me fué facilísimo trabar una disputa con él cuyo resultado fué una bofetada. Escribí en un papel las señas de mi casa, y al dia siguiente á las seis vinieron á entenderse conmigo los testigos del portugués. Roguéles que me aguardaran un momento y me fui á la agencia de los vapores del lago *Bourget* que van á *Lyon*. Tomé mi boleta para las diez de aquella mañana y volví volando á la posada llevándome de paso al Vizconde de B.... caballero francés con el cual habia hecho yo el viaje de Suiza, y que estaba en *Aix* hacia algunos dias.

Las condiciones estuvieron muy pronto arregladas, habiéndome yo negado á transigir en lo mas mínimo. El duelo debia verificarse con dos pistolas cargadas, á veinte y cinco pasos, marchando el uno sobre el otro, y haciendo fuego á voluntad. Colocámonos en frente uno de otro y á las tres palmadas de los testigos, comenzamos á andar lentamente apuntándonos con la pistola de la mano derecha: á los tres pasos disparó el portugués su primera pistola cuya bala atravesó mi sombrero. No queria yo tirar por mi poca vista hasta que la distancia fuese mucho menor; pero viendo que mi contrario pasaba la pistola de la mano izquierda á la derecha, no quise sufrir un segundo tiro, sin probar fortuna, y apuntando lo mejor que pude, disparé.—Detúvose y vaciló mi contrario; pero afirmandose de nuevo disparó su última pistola, sin puntería esta vez, pues la bala pasó á mucha altura sobre mi cabeza. Estábamos ya á tan corta distancia que me repugnaba á pesar de mi justo rencor, usar de la segunda pistola. Habíase detenido Da Silva mirándome con ojos vidriosos como los de un cadáver, y una espantosa palidez cubria su rostro. De repente llevóse la mano al pecho, y dando un grito inarticulado, cayó redondo en el suelo. Precipitáronse los padrinos á socorrerlo; pero era ya tarde—habia muerto.

—Demonio! Eso es horr—ible, gritó el polaco; pero me alegrarra. Erra un berriboa ese Da Silva.

J. HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.

EL VERANO DE 1848.

UN DIA EN MADRID.

ROMANCE.

A tu amigo Manuel M. García Anz.

I.

Empiezo por el principio,
lo cual es cosa bien rara,
pues veo que por la sopa
todos empiezan en cosa.
La deliciosa canicula,
de los trópicos hermana,
á fuego lento nos quema,
con lo cual nos pone en ascuas.
¡Qué envidiable es el verano
con la vida cortesana!
Madrid es un *paraiso*:
cada calle es una fragua,
y cada casa es un horno
dó los mártires se abrasan.

Rompé del cielo la túnica
el astro de la mañana,
que es como si te dijera
tenemos al toro en plaza,
¡salé el sol! Bellos cambiantes
con tintas de oro y de grana
—dicen—Juce en su corona;
mas como tengo la falta
de que soy curioso á medias,

nunca abandono la cama:
es capricho de mal gusto
personarse con el alba,
y que te barran la ropa
los de la limpieza urbana.
Por fin, Manuel, dan las nueve
y te despegas las sábanas,
pones los huesos de punta,
y si eres limpio, te lavas.
Almuerzas pides, por fórmula,
pero ni un bocado tragas,
y esto lo digo de tí,
porque lo mismo me pasa.
Despues, escribir intentas,
bucas asunto y no hallas,
quierdes rabioso las uñas,
y la cabeza se carga,
sin que conseguir pudieras
haber dado una plumada;
sientes estupor: Morfeo
te cobija con sus alas,
pero quieres desterrarle,
y pluma en ristre le atacas;
entonces, si algo produce
tu pobre mente estrajada,
ha de ser tan soporifero
como este romance: en *aa*.

Y ¿qué haces despues? ¿Dormir?
te echa el calor de la cama,
¿Leer? ¿Buena cosa intentas!
El *Quijote de la Mancha*,
y las obras de Quevedo
habrás de tirar con rabia;

(si cojes á Moralin
te duermes una semana).
¿Qué harás entonces? ¿Visitas?
¡Jesus! ¡Ocurrencia brava!
¡Ir desde Scila á Caribdis!
Las visitas son pesadas,
y en el verano, que á tientas
te introducen en la sala,
saludas á una consola,
y con el espejo charlas!
¿Quieres visitar? ¿A quién?
Todas tus amigas, tráfugas,
siguiendo el paso á la moda,
se habrán marchado á la Granja,
al Escorial, á Cestona,
á Biarritz, Segovia ó Caldas;
si algunas viajar no pueden,
por la crisis pecuniaria,
viaja su orgullo en la mente,
y no recien en casa,
o se ahogan en la orilla,
que esto conviene al que marcha,
para gozar la frescura,
á Chamartin ó Aravaca.

Un solo recurso tienes
en el verano, Santa Ana;
¡el baño! To te saludo,
estrecho atalud de agua!
¡Salve, pila, imagen cierta
de nuestra última morada!..
Y despues de haber tomado
de fuego un baño, te encajas
en agua, no siempre limpia,

por seis reales de plata.
Sales muy fresco á la calle,
y cuando llegas á casa,
ya el sol líquido tus tuétanos,
y el sudor surca tu cara.
¡Oh soll... Malditos poetas
los que entusiastas te cantan!
Es seguro que en invierno
la inspiracion les asalta!
Venid, poetas cantores
del astro de la mañana;
venid al cerro del Angel
á ver si al fuego del almá,
el fuego del mediodía
el entusiasmo le abrasa....
Adios, Manuel: hasta luego,
porque la sopa me aguarda.

II.

Han dado, amigo, las ocho:
la hora de la siesta pasa,
meta tu cuerpo en la prensa
(vulgo frac), y al Prado marcha.
¿Tienes mal humor? ¡Qué diablo!
Míralo todo con calma,
aunque lleves la razon.
Ihas á comer sin gana,
y ayudaron tu apetito
cuatro moscas en la salsa,
dos mosquitos en la sopa,
con pelos de la criada;
pegado estaba el puchero
y era un vomitivo el agua.
¿Qué quieres, Manuel? ¡Delicias
de la vida artesana!
Faja tu pescuezo pronto
con la *comada* corbata;
vamos á gozar al Prado:
¡media legua está de casa!....
¡Yá llegamos! ¡Qué de gente!
¡Hoy tenemos buena entrada!...
¡Huele á estofado y cazuela!
¡Huy! ¡qué trajés! ¡qué antiguallas!
¡Qué lujo se ostenta al lado!
Éstas son personas *altas*;
¡Fusion! suprema igualdad
del pereal y de la gasa!
¡Qué luces! ¡De gas, y á oscuras!
¡Como progresa la España!
Hoy tristes estan las luces
que el primer día alumbraban!
¡les dá vergüenza alumbrar
la situacion de la patria!
En el callejon estamos
que *Paris* el vulgo llama,
y es delicioso sufrir
apretones y pisadas,
andando á paso de buey,
paso entre paso que causa.

Uno, al volverse te quema,
con el cigarro la cara;
otro te lastima un callo,
ó con el baston te engancha.
Si entre dos flacas te cojen,
con sus puñales te clavan;
y á penas libre te encuentras
de los huesos de las flacas,
dos gordas cierran tu peso.
voluminosas fragatas
que te hacen *pasar por ojo*,
si te dan una *empopada*:
entre carne te confunden,
y por último, te aplastan.
Ven acá: coje una silla;
no es una muelle butaca,
y aunque te atoramente el cuerpo,
sientate, *padeca* y calla.
Mira ese flujo y reflujo
de las personas que pasan...
¡tú sabes tambien, amigo,
los misterios que se callan!
Esto no es del caso, observa
cosas que serán contadas...
Cállate, pues, las intrigas
y observaciones que hagas,
porque siempre son lo mismo.
¿Te sentaste? Mira: paga,
dos cuartos al cobrador,
y á padecer te prepara;
viene un aguador primero,
que los zapatos te empapa,
una florista perversa
que en viendo al lado unas damas
viene á saquear tu bolsa
con sus flores trituradas;
despues llega un bastonero
y te hace un chirlo en la cara
con sus *capas de verano*,
que así á los bastones llama;
vuelve el cobrador intrépido,
por no disputar le pagas,
y el chico de la candela
te atufa ó quema una manga.
Inocentemente, un polvo
sutil y enfadoso tragas,
sin que la brisa consuele
la irritacion que te abrasa.
Tú me dirás que compensas
aquestas nimias desgracias,
de la parte femenina
el herinoso panorama.
¡Ay, Manuel! hazme el favor
de antes pensar lo que hablas;
dirige la vista al frente...
¡cien feas por cada guapa!
Tú sabes que no podero;
¡esta es verdad matemática!
¡Feas! feas! siempre feas!
maldiga Dios vuestra raza.

y no volváis á manchar
el Prado, con vuestra planta.
Las pocas bellas que miras
son desdeñosas ó ingratas,
y llevan de admiradores
un cortejo á retaguardia.
¡Ay de mí! ¡Terribles antitesis!
No hallo medio de abordarlas:
¡huy de ellas si son feas!
¡huyen de mí si son guapas!
Si el gobierno lo entendiera
de hoy la *fealdad* constara
en el padron, y amazonas
hicieran la guerra en Africa;
ó en situacion de *reemplazo*,
á Almagro las enviara
con los oficiales míseros
que desterrados se hallan.
¡Feudo de las cien doncellas,
¡ay! quién te rescudara!
pues cien feas cada vez
(porque de hermosas no hay tantas)
llevara el moro á su tierra....
¡no le arriendo la ganancia!
¿Qué digo? Manuel, divago;
vamos: el Prado me cansa.
¿Dónde? cerrados están
los teatros; no hay quien vaya.
¿Al Circo de Paul?... ¡Profano!
¿Qué vés á ver? ¡Las muchachas!
Convengo entonces: no creo
que te muestres entusiasta
de *Kiouny*, Paul y el enano....
¡Qué tres *personas non sanctas*!
Te acompaño hasta la puerta,
y me voy despues á casa;
me aloja el calor en el Circo,
y mi novia no me aguarda.
Adios. ¿Qué noche me espera!
Daré vueltas en la cama,
con los colchones calientes,
y no muy fresca la almohada.
Allí es mi cuerpo teatro
de escenas sangrientas, trágicas,
donde de actores las chinches
la sangre á placer me sacan;
las pulgas sobre mi cútis
redova y *mazurka* bailan,
y los mosquitos tenores
coro diabólico cantan,
sin contar los saetazos
que contra mi cuerpo lanzan:
se vá el sueño de mis ojos,
maldigo el sueño y la cama.
¡Ay, Manuel! quiero alquilar
aunque sea una tartana,
y me voy... donde haya nieve....
¡al *café de la Esmeralda*!....

TEODORA GUEBRERO.

Con este número recibirán nuestros suscritores un prospecto del *Cranio* sicóptico-tipográfico, que vá á publicar el Sr. Serra y Madozolas. Tanto el retrato de S. S. como el plano de Madrid y la fachada de la Basílica de San Pedro, son los primeros trabajos de su género que se imprimen en Europa. Basta saber que todos los recursos de que se ha valido el autor para la composicion de su estampa, consisten en cuadrados, filetes y caracteres comunes de imprenta, para conocer con cuantas dificultades habrá tenido que luchar para hacer que estos materiales se prestan á formar las líneas curvas y los caprichos y contornos de su dibujo, particularmente del retrato que será pre-

sentado al exámen de uno de los mas famosos pintores de Cámara. La inteligencia del Sr. Madozolas en el arte y su práctica, han conseguido que esta obra de paciencia sea un trabajo de esmerada ejecucion y bellísimo efecto. Los suscritores á nuestro periódico pueden recibirle por nos REALES MENOS que los que no lo sean. Para esto deben dirigirse esclusivamente al autor, calle de la Montera, núm. 36 cuarto 2.º de la izquierda.

Director: D. Alejandro y oficinas de la imprenta: núm. 36.

MADRID, EN LOS AÑOS 4.º DE 1845. DE 1.º DE 1846. — Librerías de Ponce, Casco, Mecer, Masco, Villanueva, Gaspar y Boig, Rosola, Benquet, Yola y la Comunidad, Dirección del *Trabajo del Arte* y de S. Felipe Real.

PROVINCIAL: Dos reales 14 cént. 21. — Remitiendo una librería con el correo. Franco de porte. 4.º Favor de los suscritores del *SEMANARIO*, calle de la Montera, núm. 36, ó en las principales librerías.